

¡Cómo tratamos a la mujer!

El Mercurio en su edición del Lunes, da cuenta de que en Concepción, un sujeto llamado Ricardo Hermosilla llegó a

su hogar en estado de ebriedad y como fuera reprendido con dureza por su esposa, Juana Fierro, la maltrató con tal furia que momentos después dejaba de existir en el Hospital.

Parece mentira haya hombres que pequen a sus mujeres. Si yo no lo hubiera visto creería que era un cuento inverosímil, inventado por algún espíritu diabólico con el fin de empequeñecernos.

Por desgracia, he ce muchos años vi por primera vez este espectáculo. Era yo un niño, vivíamos en los suburbios de la calle Duarte, en un par de piezas, que los quebrantos de fortuna de mis padres les había obligado a tomaren casa de un coque creían honorable. Días apenas de nuestra mudanza, fuimos despertados, al amanecer, por los gritos de la infeliz esposa que había sido maltratada con una crueldad sin nombre.

Al traspasar los umbrales de la puerta hirió mi vista el cuadro mas doloroso y repugnante que es posible concebir. La pobre yacía en tierra sin sentidos.

Había sido arrastrada por los cabellos, desde su lecho al centro de la pieza. Su escasa camisola, hecha jirones, cubrían pequeñas partes de su cuerpo. Su pelo en desorden caía sobre su rostro marchito y sin señales de vida. Sus blancos senos, lacios por las vijilias y los golpes, y los patacones rojos de su cuerpo, aquí y allá sembrados, acusaban el crimen mas infamante de que es posible acusar a un hombre. Casi sobre ella, el bruto, de pié, vacilante, con mirada torva y rostro amorotado, hediendo a bodega y a tabaco, no podía disimular, ni aun en medio de su borrachera, el disgusto de que se le hubiese sorprendido en una acción tan baja y que ojos extraños pudieran contemplar desnudas las hermosas formas de su mujer, a que solo él tenía derecho. Recibía el primer castigo.

Había sido militar en la guerra contra el Perú y Bolivia y los gruesos tacones de sus botas, que hoyaran el desierto con empuje varonil, dejando huellas del paso de las huestes vencedoras, marcaban ahora en el cuerpo de su mujer el rastro de su vergüenza.

Casi a diario he leído después, en la prensa, hechos como este o parecidos a cosas, que a mi juicio, no debían publicarse, sino reprimirse con la mayor dureza.

Cuando tales cosas leo, un soplo de vergüenza cruza por mi rostro y confunde mi alma. Siento algo así, como si la naturaleza toda protestara de semejante aberración y me parece sentir en los sepulcros de nuestros padres que nos dieran libertad, el ruido de sus cenizas, movidas por la indignación, el crujir de las cadenas que rompieran con su valor y que bien merecidas las tendríamos por nuestra vileza. Ya me parece ver a los rayos de la luna, en las selvas vírgenes, aun de la araucanía, las sombras de Lautaro y Caupolicán tristes y avergonzadas, al ver que tres siglos de lucha titánica, mil y mil hechos heroicos llevados por ellos a cabo, ni nos han estimulado al ejemplo, ni hemos sido capaces de conservar el brillo de tanta gloria.

¡Ellos ponían su pecho a las metrallas, rompían con sus mazas los cañones, nosotros pegamos a las mujeres!

¿Hai algo mas bajo que esto? Pegar a la mujer que es la depositaria de nuestro honor, ¿no es rebajarnos así mismos?

Maltratar a la madre de nuestros hijos ¿no es abofetear el rostro de nuestros descendientes, insultar las generaciones futuras?

¿Es posible que el mas límpido albor de nuestra dicha, en cuyo seno bebimos la felicidad suprema de la vida, sea el estropajo que barre la piedra del hogar?

La sangre araucana que es la mas

noble que llevamos en nuestras venas, no fué derramada para maltratar mujeres sino para darnos libertad y dejarnos el mas grande ejemplo de hombría y de valor.

El animal mas imperfecto jamas ataca a la hembra, el perro mas rabioso nunca muerde a su compañera y el hombre que luce en su cerebro el faro de la razón, que dice con orgullo es el rei de lo creado, desciende mas que ellos.

¡Cobardes! Y despreciarán a Judas porque vendió a su Maestro, un crimen mucho menor, sin embargo Judas, arrepentido de su falta, buscó la soga y el árbol que puso fin a sus días. Algo mas debieran hacer los que maltratan a la mujer; tienen atributos que le están demas como hombres.

* *

Estos tratamientos vergonzosos se están jeneralizando demasiado entre nosotros para que sigamos haciéndonos cómplices con el silencio.

No es ya el roto, el peon, la «chusma», como dicen algunos, los que por su ninguna educación, han descendido tanto; son los artesanos, la clase media y aun los que se dicen caballeros, los que tal hacen.

Es increíble, que el vicio de la embriaguez nos haya hecho retroceder tanto.

Tres mil años atras los orientales pusieron en boca de Sarmasatra esta frase memorable que un hombre no debe olvidar nunca: «No pegues a una mujer, ni siquiera con una flor». Y este pueblo que siempre ha gozado de fama varonil y de civilizado, ha descendido mas que los bárbaros de la antigüedad!

Hoy día que la mujer está despertando a la vida, que en todas partes se la está rodeando de esas delicadas atenciones que su debilidad reclama de nuestra fuerza, que criterio se formarían de los hijos de Chile, si supieran en lo que empleamos nuestra energía y valor.

Si la embriaguez nos empuja a tales bajezas, reprimámonos en las bebidas; si son las intemperancias de la esposa, hagámosla comprender con prudencia y firmeza, lo fuera de su sexo que se colocan queriendo reprender al marido, el ridículo que hacen queriendo calzar los pantalones, lo que pierden en belleza y atractivos pretendiendo usar armas que no les ha dado la natura.

Ahora si hemos agriado su carácter con grosera indiferencia, si solo las atenciones se limitaron a los primeros días de matrimonio, si hoy nos parecen feas y sin atractivos, no olvidemos que hemos marchitado sus encantos con nuestra conducta, rodeémosla de cuidados y de esas pequeñas atenciones, que tanto agradece la mujer y, estoy seguro, que en poco tiempo, no habrá esposo que no encuentre en su hogar la felicidad y atractivos que buscan en la taberna y otras mujeres.

Que sea nuestro brazo el escudo de su cuerpo, que sea nuestro cariño el pedestal mas sólido de su belleza y nobles sentimientos y habremos dignificado a la madre de nuestros hijos, a la tierna e inagotable depositaria de nuestra felicidad y habremos cumplido con nuestro deber.

No demos por mas tiempo, al mundo, el espectáculo extraño de escupir nuestro propio rostro, al herir sus mejillas; no crucemos la faz de nuestros hijos y generaciones venideras, con el látigo de la vergüenza, pegando a las que son sus madres; no enlodemos por mas tiempo los claros timbres de orgullo que nos legaran nuestros antepasados, dando lugar a que se nos llame cobardes.

RICARDO GUERRERO O.